

INTERLUDIO CINCO - SEIS

La serpiente dijo a la mujer:

No es cierto que morirán, Dios sabe muy bien que cuando coman de ese árbol , se les abrirán los ojos y llegarán a ser como dioses, conocedores del bien y del mal.

Entonces la mujer vio que el fruto era apetitoso, que atraía a la vista y que era muy bueno para alcanzar la sabiduría. Tomó el fruto y comió, y luego se lo ofreció a su hombre que andaba con ella, quien también lo comió.

[Génesis](#) (Bereshith), 3: 5,6, Medio Oriente, circa 1000 a. de C.

PARTE SEIS, VIAJE

PRIMER MOVIMIENTO, ENTRENAMIENTO

Era una hermosa tarde del tercer día del año veinticinco del ciclo cincuenta y ocho, cuando partimos de Sexta con destino a Lehen.

La brisa empujó la vela apenas salimos del puerto y en poco tiempo navegábamos a buena velocidad sin necesidad de remar.

Oihane rescató sus pequeños tambores de entre una montaña de bolsos y sentándose con ellos entre las piernas, empezó a tocar lo que conocíamos como un ritmo típico de Hiru, su ciudad natal.

Guadarteme acompañó la música trepado al banco central, las manos apoyadas sobre su cabeza, balanceando exageradamente sus caderas en seductores movimientos.

No era fácil mantener el equilibrio sobre el barco que se hamacaba atravesando las olas, y resultaban graciosos los esfuerzos de Sutziake para bailar en el banco delantero, siguiendo el ritmo de los tambores de Oihane y las contorsiones de su compañero.

Etxekide y yo no parábamos de reírnos, mientras Guadarteme le daba ánimos, cantándole:

— Ven a bailar conmigo, *guahira*. Ven a gozar conmigo, *guahira*.

Los varones aplicaban cariñosamente aquel término a nosotras, sus amigas, o a las jóvenes en general que les resultaban atractivas. Sutziake rápidamente se dio por vencida y trató de disimularlo involucrándome.

— Te ríes mucho, Itahisa, pero no te he visto intentarlo. — Me desafió.

Etxekide trepó con dificultad al lado de Guadarteme y ambos se sumaron a la propuesta, acompasando con sus palmas los tambores, invitándome:

— Ven a bailar conmigo, *guahira*. Ven a gozar conmigo, *guahira*.

Como estaba segura de no poder hacerlo, ensayé una danza simple con una mano apoyada en el mástil. Sutziake desaprobó mi actitud y me llevó hacia ella, haciéndome subir al banco delantero. Abrazadas, logramos por un instante acompasar nuestros movimientos, hasta que ambas perdimos el equilibrio y caímos sobre la pila de equipajes.

Los varones estallaron de risa ante nuestra torpeza. Oihane, impasible, continuó tocando.



A unos treinta campos de distancia, las playas blancas y las verdes costas próximas a ciudad Sexta, lucían hermosas a nuestros ojos.

Alcanzaba a verse la desembocadura del río que comunica el gran lago de la isla con el mar.

Un paraje conocido como "el lugar en que la tierra y el agua se encuentran", que en atlanteano se denomina "*guantanamo*"



Teníamos aún vivo el recuerdo de la Fiesta de Ama, dos días atrás.

De la celebración comunitaria en nuestra calle que se había transformado en fiesta de despedida, en la que habíamos compartido el banquete con los amigos que no vendrían con nosotros. Con los que partirían más tarde a otros destinos de *hamazortzi* y con los que se quedarían en la colina en nuestra ausencia.

En la comida, había aprovechado a ultimar detalles con Faina y Artemis, a quienes dejaba a cargo de mi casa. Gazmira había quedado con la responsabilidad de los cultivos compartidos, de las gallinas y las cabras, cuya producción iba a exceder largamente las necesidades de las *etxeak* que permanecerían habitadas.

Por la noche se habían sumado al baile un gran número de vecinas y sus amigos. Formándose concentraciones en las esquinas, alrededor de los músicos. Como era habitual, Iratxe y Oihane habían dirigido las filas danzantes por las calles de la colina, chocando jarras de cerveza con los vecinos.

Cerca de medianoche, había aceptado la invitación de Dafra de pasar un rato con ella y con Ameqran en su *etxea*. Una gozosa despedida en la que yo había sido la homenajeada. Más tarde, luego de regresar al baile, cuando ya empezaba a clarear el segundo día del año, había elegido al dulce Sakon para dormir conmigo hasta el mediodía.

La tarde anterior a la partida, la había pasado con Hagora y Manindar, disfrutando de la encantadora presencia de la pequeña Sibissa.

Y en mi última noche en Sexta, había ido en busca de Zebensui, sin éxito.

Su hermano no había sabido decirme dónde se encontraba, lo que indicaba que probablemente estaría en una de tantas casas de Sexta que podrían requerir de su compañía.

Disimulando mi decepción, había descolgado de mi oreja un pendiente de plata y se lo había entregado a su hermano, en señal de despedida.

Con el frío de la noche golpeando en mis mejillas, había desandado el camino a mi *etxea*, por las calles iluminadas por lámparas recientes.

La estrella viajante que había iluminado el cielo nocturno con su larga cola durante la estación del *negu*, empezaba a perder tamaño.



Aunque disponíamos de tiempo suficiente, resolvimos continuar navegando por la noche. Debíamos estar en Lehen en la mañana del quinto día del año.

En la segunda jornada, bordeamos las costas serpenteantes de la Isla Principal y al atardecer alcanzamos a ver los techos dorados de la lujosa ciudad primera de Atlantis.

Atracamos en el muelle de la *Eskuela* de Navegación, donde una mujer de unos treinta años nos estaba esperando.

— Bienvenidos, *hamazortzi* de Sexta, — nos saludó alegremente al reconocernos — me llamo Tinabuna y soy la *Maisu* a cargo de vuestro entrenamiento.

Tinabuna nos pareció agradable. Su rasgos duros y su complexión *atletika* no la hacían muy femenina, pero su simpatía era desbordante. Supimos que era nacida en Bosteko y adoptada en Hiru. Nos ayudó a desembarcar y trasladar nuestros equipajes hasta las habitaciones de la *Eskuela*. Nos dio indicaciones para que luego de tomar un baño volviéramos a encontrarnos en el comedor.

La habitación de estudiantes tenía doce camas, cada una con una pequeña mesa con su lámpara. En algunas de ellas había bolsos abiertos, señal de que otros compañeros habían llegado antes. Elegimos lugares, tendimos las mantas y descansamos un momento, reconociendo lo que sería nuestro dormitorio por cuarenta días.



El comedor de la *Eskuela* se encontraba lleno de gente.

Buscamos a Tinabuna, quien nos guió hacia una mesa larga en el extremo del salón, en la que otros jóvenes ya estaban comiendo.

Fuimos presentados ante ellos. Había dos parejas de *hamazortzi* de Zazpir, una de Hiru y otra de Lau.

Después de comer, Tinabuna nos dirigió unas palabras.

— Mañana darán comienzo los entrenamientos. Quiero a todos vosotros en el salón grande al final del ala norte del edificio. Habrá treinta *hamazortzi* en la expedición, o sea, cinco barcos. Y seremos doce los *maisuk* que viajaremos con vosotros, en otros dos barcos. Hace unos días han arribado los residentes de Islas Castigadas. Nos uniremos al regreso de ellos, de modo que sumando los barcos de residentes a los nuestros, haremos una flota de casi veinte *txalupak* para el primer tramo del viaje. También han llegado hace pocos días quienes formaron parte de la expedición a Lubarnea del año pasado. Ellos han traído mucha información, nuevos mapas y descubrimientos muy interesantes. Ya conoceréis a Ferinto, un *Maisu* que viajó el año pasado y volverá a hacerlo con nosotros. Él será el encargado de transmitir esa experiencia a vuestro entrenamiento. Me imagino que tendréis muchas preguntas para hacer, pero disponemos de muchos días para sacarnos todas las dudas.

No pude contener mi ansiedad.

— Se sumarán *hamazortzi* en Islas Castigadas a nuestro viaje ?

— Lo dudo, Itahisa. Hay pocos residentes de esa edad. Quizás menos de diez. Y para que ellos puedan acompañar nuestra expedición deberán ser suficientes como para completar una *txalupa*. No podemos hacer un viaje tan largo con número imperfecto de navegantes.

La respuesta de Tinabuna me resultó decepcionante, pero no daba lugar a discusión.

— Cómo se compone la flotilla ? — Preguntó Guadarteme.

— A qué te refieres ?

— Nosotros, los treinta *hamazortzi* ...

— De qué ciudades ?

— Sí.

— Cuatro parejas de aquí, de Lehen. Tres de Bosteko, tres de Sexta. Dos de Zazpir, dos de Hiru y una de Lau.

— Nadie de Biko ? — Preguntaron varios.

— No. Aún no hemos incorporado a la *Eskuela* de Biko a este programa. Tampoco a la de Lau, pero afortunadamente Guaire y Janequa han podido venir.

La pareja aludida se mostraba feliz, a pesar de no haber contado con el apoyo de su *Eskuela*. Janequa llamaba la atención por sus largas trenzas, sus mejillas rosadas y sus prominentes pechos. Su compañero, Guaire, por su cara huesuda y grandes orejas, rasgos que suavizaban sus cabellos rubios ondeados.

Tinabuna nos deseó buen descanso y se retiró. Los demás permanecemos un rato en la mesa, conversando con quienes iban a ser nuestros camaradas durante un año, compañeros en la gran aventura que se iniciaba.



En la primera clase del entrenamiento continuaron las presentaciones.

Tinabuna fue la primera, haciendo un breve relato de su vida, comenzando por su fascinación por la navegación desde la infancia en Bosteko, su adopción en Hiru por un *Klan* del Círculo y su ingreso a la docencia al cumplir los dieciocho. Pasando por sus viajes a las siete ciudades, su estadía de un año en Islas Castigadas y sus recorridos por los grandes ríos en el sur y en el norte. Terminó su exposición contando las circunstancias que la habían llevado a dirigir nuestro entrenamiento y sus expectativas de conocer el mar de Lubarnea, de ir más allá del mundo conocido.

Luego nos fue nombrando, de a uno, a los treinta *hamazortzi* para que hiciéramos lo propio, lo que nos ocupó toda la mañana.

Hicimos un corte al mediodía para almorzar. El clima era espléndido e invitaba a pasear por los cuidados jardines de la *Eskuela*, disfrutando de la vista del suntuoso y atareado puerto de Lehen.

Hacia el este, alcanzaban a verse las puntas rocosas donde una lejana mañana de calor y lluvia, a nuestros once años, Txanona y yo habíamos pactado con un beso nuestra amistad.

Al volver al salón, Tinabuna nos presentó a Ferinto.

Tenía veinticuatro años, era nacido en Lehen y su aspecto físico no resultaba típico de un *Maisu* en navegación. No era excepcionalmente alto ni fornido. Llevaba su cabello castaño oscuro muy corto. De aspecto tímido, tampoco su mirada denotaba la audacia de un aventurero.

Pero esa impresión inicial se diluyó cuando comenzó hablar de su experiencia reciente del viaje a Lubarnea. Del espíritu de grupo que deberíamos poner por encima de adversidades y desavenencias personales. De cómo el conjunto de la expedición debía ser un solo cuerpo, la flotilla un único barco. De la obligación de solidaridad con los demás en toda circunstancia, la renuncia a la comodidad personal para asegurar el éxito colectivo. Puso ejemplos de las dificultades que había afrontado la expedición que acababa de regresar. Barcos que habían estallado en pedazos al enfrentar las grandes olas. Largos períodos detenidos en la infinidad del mar con escasa agua para beber. Encuentros con los extraños hombres del hielo, rodeados de lobos que les obedecían como perros. Y discusiones que habían comprometido la continuidad del viaje. Tras referir brevemente al espectacular paisaje de Islas Castigadas, y al primer contacto con la costas y ríos de Euriopa, nos habló entusiasmado de los avances que la expedición había logrado.

El más importante era que se había completado un mapa del mar de Lubarnea en toda su extensión, que nos sería de enorme utilidad para planificar nuestro recorrido. Con el que ellos no habían podido contar porque las expediciones anteriores sólo habían dibujado mapas incompletos. El logro más sorprendente había sido el descubrimiento de un enorme lago de agua dulce formado por el deshielo de las montañas de Euriopa y de Asia, remontando un río unas diez jornadas al norte desde el Lubarnea oriental. Poblaban sus orillas carreras de hombres del hielo, tantos que no se habían arriesgado a desembarcar por temor a enfrentarlos.

Finalmente nos describió en detalle lo que habían conocido de las islas, que eran el objetivo más importante de la expedición. Porque en ellas los atlanteanos nos proponíamos la construcción de puertos y ciudades para tejer rutas de intercambio en el mar de Lubarnea.

Con la ayuda de Tinabuna, desenrolló un gran lienzo, en el que estaba dibujado el mapa señalando los continentes, algunos ríos y el mar mediterráneo con sus cinco islas más importantes.

En la entrada al mar, viniendo del oeste, nos mostró las dos islas llamadas cercanas. En la parte central, el equivalente a la isla principal de Atlantis, cuyas escarpadas costas debíamos proponernos explorar minuciosamente. Y en el extremo oriental otras dos islas llamadas "de las Cigarras" y "del Cobre", próximas al continente de Asia. Ferinto narró el descubrimiento casual de mineral de cobre en esta última, al internarse en sus bosques en busca de buenas maderas para reparar las embarcaciones y cómo finalmente debieron renunciar a hacerlo, optando por cruzar al continente de Asia, donde sí encontraron excelentes árboles para reemplazar mástiles estropeados.

Al terminar la larga disertación de Ferinto, Tinabuna nos entregó a cada uno lienzos blancos de algodón y una barra de carbón para dibujar.

— Copiadlo. Haced una copia para cada uno. En los próximos días vamos a trabajar sobre este mapa. Lo trazaremos una y otra vez hasta que lo podáis dibujar de memoria.

Pasamos el resto de la tarde intentando reproducir aquel mapa en nuestros lienzos, imaginando las costas, los ríos y los paisajes que empezaríamos a descubrir con nuestros ojos en menos de medio año.



En el segundo día de entrenamiento, Tinabuna nos sorprendió preguntándonos si disponíamos de un cuchillo propio. La mayoría lo teníamos entre nuestros equipajes. Nos pidió que fuéramos por ellos y que más tarde la siguiéramos hasta uno de los muelles.

Al llegar, caminó hasta detenerse frente a un barco de pescadores que descargaban el producto de su pesca en cajones de mimbre. Les hizo una seña y ellos asintieron con sus cabezas. Entonces la *Maisu* tomó un pescado de un cajón y ante nuestro asombro, utilizando su cuchillo cortó la cola, lo abrió longitudinalmente y rascando la pulpa, se la llevó a la boca con gesto de satisfacción.

— Queridos *hamazortzi*, — dijo sin dejar de masticar — esto es *harenke* crudo, vuestro principal alimento mientras estemos cruzando el mar.

Noté sonrisas y rostros de estupor. Nos resultaba familiar el *harenke*, pero nunca lo habíamos probado crudo.

Venciendo el desagrado, algunos se animaron a imitar el ejemplo de Tinabuna, eligiendo sus piezas y limpiándolas parsimoniosamente con sus cuchillos. Me causaron gracia las miradas que intercambiaban Guadarteme y Etxekide mientras saboreaban la pulpa cruda.

A mi lado, una chica de Lehen empezó a hacer arcadas y a escupir al piso, el asco expresado en su rostro, agitando los brazos como una mariposa, provocando crueles carcajadas de los varones.

Vimos a Tinabuna correr hacia una zona cercana del muelle donde había gran cantidad de ánforas apiladas y regresar rápidamente con una de ellas.

— Nira. Escúchame bien. Te gusta la cerveza ?

La chica de Lehen la miró con extrañeza, con los ojos enrojecidos por las náuseas.

— Claro que sí.— Balbuceó.

— Prueba esto.

Temerosamente, Nira tomó el ánfora de manos de la *Maisu* y probó un sorbo de su contenido. La expresión de su rostro cambió completamente, emergiendo una sonrisa.

— Es cerveza.— Confirmó con agrado.

Se escucharon risas y gritos que pedían probar la bebida.

— Exacto.— Corroboró Tinabuna volviendo a prestar atención al resto de su *harenke*.

Los demás asistimos a la curiosa actuación de la *Maisu*, quien parecía medir una pequeña cantidad de pulpa cruda en su cuchillo.

— Ahora, Nira. Ponte esto en la boca y no lo mastiques.

Nira observó la punta del cuchillo horrorizada y empezó a negar con la cabeza.

— Tranquila. Colócalo en tu lengua y no lo mastiques. — Tinabuna endureció el tono.— Tu viaje a Lubarnea depende de esto.

La chica de Lehen dirigió una mirada de odio a la *Maisu*, respiró profundamente, tomó el cuchillo y llevó la pulpa a su boca. Luego cerró los ojos y contuvo la respiración, intentando controlar su repugnancia.

— Bien, — continuó Tinabuna recogiendo el ánfora de entre sus piernas — ahora, Nira, vas a tomar un buen trago de exquisita cerveza. Concéntrate en el sabor de la cerveza y olvídate del pescado. Has entendido ?

Un imperceptible movimiento de cabeza fue lo que obtuvo por respuesta. Sin abrir los ojos, Nira tomó el ánfora con ambas manos y la elevó hasta su boca semiabierta, volcando tanta cantidad que el líquido espumoso desbordó por sus mejillas. Con un movimiento brusco logró tragar el bocado de *harenke* desmenuzado.

— Bien, Nira.— Aprobó Tinabuna — No era tan difícil, cierto ?

— Ehh, no. Era espantoso.— Comentó Nira reponiéndose del susto.

La *Maisu* se dirigió a todos.

— Habéis visto. Nira puede comer pescado crudo. Luego está en condiciones de cruzar el mar. Aquel de vosotros que no pueda hacerlo, es mejor que recoja hoy mismo su equipaje y regrese a su casa. Porque no es posible cocinar el *harenke* en medio del mar. A diez días de partir, los alimentos que llevaremos en nuestros barcos se habrán consumido o estropeado, con la excepción, quizás, de la cerveza.

Algunas risas y exclamaciones interrumpieron la arenga de Tinabuna, quien aprovechó a tomar otro *harenke* del cajón.

— Estos peces, serán nuestra supervivencia. Sin ellos, moriremos de hambre antes de llegar a Islas Castigadas. Y lo mejor, es que ellos vendrán a nosotros. No deberemos hacer nada por pescarlos. Saltarán hacia nuestros canastos durante la noche.

La *Maisu* reafirmó sus palabras simulando un ridículo salto del *harenke* muerto hacia el cajón de mimbre.



Al anochecer de nuestro tercer día en Lehen, tuve tiempo para ir a la *etxea* de Bentaga.

Pero no fue ella, ni su hijo Aieko quien me abrió la puerta, sino un hombre de unos cuarenta años, de rasgos delicados y largas trenzas. No me costó reconocerlo.

— Hola Mobad, soy Itahisa, me recuerdas ?

Sus ojos se abrieron y una gran sonrisa se dibujó en su cara.

— Itahisa !

Me ofreció un abrazo y me invitó a pasar.

— Qué gusto verte ! Estás hermosa. Ponte cómoda. Bentaga no ha llegado aun.

— Gracias, Mobad.

Tomé asiento frente al fuego, en el que un caldero despedía vapores de sopa de carnes y verduras.

— Viajaremos juntos a las Islas, verdad ? Tenemos mucho de que hablar.

— Así es. Cuéntame de Txanona. Cómo está mi amiga ?

Mobad se acomodó sobre las pieles del piso.

— Muy bien. Se puso muy contenta cuando le anuncié tu visita. Me ha encomendado varios mensajes. Déjame recordar. Dice que debes alojarte en su *etxea*. Que dispondrá de una pieza para ti y tu compañero. Que tiene planeado llevarte de excursión a las cascadas ...

— Cascadas ?

— Sí. Hay muchas cascadas en Islas Castigadas. Unas caen al mar y otras en lagunas azules en las montañas y bosques de las islas. Te encantará bañarte en esas aguas calientes, próximas a las caídas.

— Será un placer !

— No lo dudes, Itahisa. Qué otra cosa ? Ah, sí. Dice que Teno y ella están entrenando.

— Quién es Teno ?

— Teno es un joven muy agradable que vive con Txanona.

— No sabía que tenía un compañero.

— Sí. Hace un par de años. Casi desde el momento en que él llegó a las islas.

— Me estabas diciendo que ...

— Sí, que ella y Teno entrenan navegación juntos. Él ha sido uno de sus *maisuak* en Navegación. Txanona pretende rendir su prueba final de maestría en estos días, antes de nuestra llegada.

— Han hablado de la posibilidad de viajar con nosotros a Lubarnea ?

Mobad sonrió ante mi esperada pregunta.

— Mucho, Itahisa.

— Y es posible ?

— Te diría que no es imposible.

— No hay seis *hamazortzi* dispuestos a viajar entre los residentes ?

— Creo que sí los hay.

— Entonces ?

— El problema es otro.

— Cuál ?

Mobad dejó escapar un suspiro de fastidio.

— El problema es político. Hay pocos pobladores en las islas. Y mucho trabajo. Se necesita gente. Las sacerdotisas no están interesadas en que los jóvenes se ausenten. Quieren que trabajen. Y que tengan hijos. Lo antes posible.

— Ni siquiera medio año ?

— Por qué dices medio año ?

— Para quienes parten de Islas Castigadas, el viaje será más breve.

— Es cierto. Pero el proyecto de Txanona y Teno es venir aquí, a Lehen, sumándose al retorno de ustedes. Y regresar a Islas Castigadas con el siguiente viaje de residentes, o sea, dentro de un año.

— Entiendo. Partirán nuevos residentes dentro de treinta días ?

— Sí. Creemos que unos doce. Dos barcos.

— Todos hombres ?

— No. Habrá tres o cuatro mujeres.

— *Hamabineskak* ?

— No lo sé. Creo que no. Por qué lo preguntas ?

— Porque de tratarse de mujeres mayores de dieciocho, quizás Txanona tenga un atenuante de su ausencia por un año. Habrá alguien que la reemplace.

— No me parece que las sacerdotisas tengan eso en cuenta, Itahisa.

Repentinamente se abrió la puerta y entró Bentaga, sonriente. Me levanté a saludarla.

— Escuché tu voz, Itahisa. Ya me extrañaba que no vinieras a visitarnos.

— Estuve ... ocupada. Discúlpame.

— Ahh, no sé si te disculpo.— Bromeó mientras descargaba el contenido de su canasto sobre la mesa del hogar.— De qué hablaban ? Qué es lo que no tenemos en cuenta ?

— De la posibilidad de que Txanona sea autorizada a viajar con Itahisa a Lubarnea y de regreso aquí, a Lehen.

Bentaga se inclinó para permitir que Mobad, con ternura, besara su boca. Luego tomó asiento cerca del fuego, pensativa.

— Quiénes son los *maiswak* a cargo de la expedición ? — Me preguntó.

— Una mujer de Hiru llamada Tinabuna. Y un joven de Lehen llamado Ferinto.

— No les conozco.— Murmuró Bentaga decepcionada.— Sabes de algún otro ?

— Sí. Un *Maisu* de Zazpir que es amigo nuestro. Su nombre es Naga.

— Tinabuna es del Círculo ?

— Sí. Lo mencionó al presentarse.

— Sabes si ella es la portadora ?

— Portadora ?

— No les han informado de ello aún ?

— No.— Admití encogiendo mis hombros.

Bentaga y Mobad cruzaron miradas.

— Supongo que nunca has oído hablar de las técnicas secretas. – Dijo ella.

— No.

— Bien. Es momento de que te enteres, Itahisa. Existen algunos ... conocimientos a los que pocas personas han accedido. Que se consideran de gran importancia para el futuro de Atlantis. Nos referimos a ellos como las técnicas secretas.

— Qué clase de conocimientos ?

— De varios tipos. Algunas son técnicas de construcción, otras de iluminación, otras de *eskritura* ...

— Por qué son secretas ?

— Una razón es que esas técnicas se están estudiando. Se están probando. Aún no están completamente dominadas. Y por ello no pueden enseñarse en las *eskuetak*.

— Tampoco en las Altas *Eskuetak* ?

— Tampoco.

— Cómo se transmiten entonces ?

— Existen grupos de *maisutak* que las investigan. Grupos de distintas ciudades. Ellos reclutan entre los mejores estudiantes a nuevos colaboradores. Hay otras personas, un reducido número de *maisutak* en Navegación, que también las conocen. A ellos les llamamos portadores. En el Círculo hemos procurado que los grupos que investigan las técnicas secretas acepten compartirlas con los portadores. Y nos hemos preocupado de que al menos un portador de esos conocimientos secretos, forme parte de cada expedición a territorios desconocidos.

— No termino de entender.

Bentaga me ofreció su típica sonrisa socarrona. Mobad parecía divertido con la situación.

— No es preciso que entiendas todo, querida Itahisa.

— No seas mala, Bentaga.

— Qué es lo que no entiendes ?

—Cuál es el motivo de preocupación del Círculo ?

Bentaga se sumió en una de sus exasperantes pausas reflexivas, para darme una respuesta enojosamente simple.

— Es sencillo, Itahisa. Las técnicas secretas nos dan ventajas.

— Ventajas ?

— Así es. Nos colocan en posición ventajosa frente a otros pueblos. Son cruciales para la expansión de nuestra civilización en otros continentes. Por ello son tan importantes. Por ello son secretas. Y es por ello que el Círculo ha puesto tanto empeño en elegir y capacitar a los portadores.

Mientras Mobad se incorporaba a servir la cena, intenté asimilar lo que Bentaga me había transmitido. Repasé mentalmente la conversación hasta que pude regresar al principio.

— Por qué preguntabas si Tinabuna es la portadora ?

— Porque la portadora es la referente de la expedición para el Círculo.

— Y eso qué significa ?

— Que ella será la que transmita a las sacerdotisas hermanas en Islas Castigadas los criterios.

Empezaba a sentirme abrumada por tanta información.

— Cuáles criterios ?

— Los que el Círculo defina para el viaje de *hamazortzi*.

— Otra vez estoy perdida.— Confesé con amargura.

— Itahisa, por favor. Las sacerdotisas residentes son del Círculo. La portadora es del Círculo. El nuevo programa de viajes de *hamazortzi* fue promovido por el Círculo. Entonces, si el Círculo dispone que algunos residentes de dieciocho años se sumen a ustedes en la expedición a Lubarnea, así se hará. Y si el Círculo dispone que ellos vengán aquí, a Lehen, antes de regresar a las Islas, así se hará.

— El Círculo ha dispuesto eso ?

Bentaga sonrió.

— No.

— No ?

— No lo ha dispuesto aun. Pero estoy trabajando en ello. Cuento con el apoyo de tu madre Haridian. Y si es necesario, viajaré a Hiru a hablarlo personalmente con tu

abuela. Creo poder persuadirla de que es recomendable que los residentes jóvenes de Islas Castigadas conozcan el mar de Lubarnea. Y de que es conveniente que puedan volcar lo aprendido en las *eskuetak* de Atlantis, antes de volver a las Islas. Ese es mi plan, Itahisa. Lo entiendes ahora ?

— Sí.

— Cenarás con nosotros, verdad ?

— Claro. Y Aieko ?

— Aieko está de visita en casa de su abuela, en Biko. No dormiré aquí esta noche.



El cuarto día de entrenamiento lo dedicamos a equipar las *txalupak*.

Tinabuna y Ferinto nos ilustraron sobre el uso adecuado del espacio. En la parte posterior instalamos un toldo para que debajo de él, se pudiera dormir en los turnos de descanso. El toldo permitía además recolectar el agua de la lluvia en un recipiente y servía de mampara para utilizar el borde trasero de la *txalupa* como asiento de baño.

Sobre el piso extendimos cuerdas, maderas, cueros y velas de repuesto. Sobre ellas los remos, arpones, redes y otros artefactos de pesca. En las paredes laterales adosamos dos tablones de tres pasos de longitud, que se utilizarían como puentes entre barcos mientras estuviéramos detenidos en el mar.

Un pesado colmillo de elefante ahuecado que serviría para producir potentes sonidos soplando por su extremo, telas de varios colores como banderas y lámparas de distintos tamaños componían el conjunto de instrumentos de comunicación a distancia que portaba cada embarcación.

En la proa amarramos una red para sujetar los equipajes. Alrededor del mástil colocamos ánforas y canastos con alimentos, como *txarki*, frutas y semillas. En una jaula de mimbre viajarían dos gallinas cuyos excrementos caerían en un cajón de tierra con lombrices, las que a su vez, servirían de alimento a las gallinas. La tierra enriquecida por las lombrices sería utilizada como abono en un pequeño cantero de hierbas aromáticas.

Cuando terminamos de colocar todas las cosas, tuvimos una perspectiva de lo incómodo que sería nuestro viaje. Casi no quedaba espacio para caminar, apenas para apoyar los pies en nuestras posiciones de remo. Implicaba varias maniobras recorrer los ocho pasos de distancia entre ambos extremos del barco.

Los días siguientes salimos a navegar.



En las primeras excursiones de entrenamiento hicimos el trayecto de Lehen a Zazpir, ida y vuelta, sin desembarcar. Navegábamos media jornada y nos deteníamos en el mar, acoplando las *txalupak* con los puentes. En cada una de estas paradas, cambiábamos de pareja y a veces de barco, para que los distintos *maisusak* pudieran evaluar nuestro desempeño individual y el de cada pareja. Nos habituamos a vivir día

y noche embarcados, y esa convivencia nos permitió ir conociendo al resto de nuestros compañeros de expedición.

Sutziake y yo nos asombramos cuando nos asignaron turnos con Naga como *Maisu*. Parecía otra persona. Era severo e implacable y no mostraba rastros de la simpatía y amabilidad que lo caracterizaban en tierra. En realidad, entre los *maisusak* predominaba esta actitud. Si nos hallábamos en la *Eskuela*, se nos presentaban comprensivos, tolerantes, dispuestos a escucharnos y proclives a discutir nuestras preocupaciones. En cambio, en el mar no daban lugar a discusiones, exigían el riguroso cumplimiento de las indicaciones y amonestaban duramente a quienes no cumplían satisfactoriamente las consignas de navegación.

En esos días iniciamos una buena relación con Janequa y Guaire, la pareja de Lau.

A pesar de no tener un físico formidable, ni un rostro bonito, Guaire me pareció interesante. Sus modos amables y corteses me resultaron disfrutables y sus comentarios acertados, irónicos, en los momentos oportunos. Guaire era, además, *Maisu* en Pesca y su habilidad en el manejo del arpón era sorprendente.

Su compañera Janequa también me pareció encantadora. Derrochaba simpatía y buen humor, siempre dispuesta a ayudar a quien tuviera a su lado. Janequa era *Maisu* en Cocina, la comida era uno de sus temas predilectos y ello era ostensible en las curvas de su cuerpo. Sus formas gruesas no eran muy propias de su edad ni de su condición de *Maisu* en Navegación, pero ello no le impedía manejar los remos o la vela a la perfección. Tampoco la hacían menos atractiva para los varones. No demoré en notar que sus voluminosos pechos ejercían sobre Etxekide una fascinación permanente.

A todos los varones les encantó Nira, la chica de Lehen que había logrado digerir el *harenke* con cerveza en nuestro segundo día de entrenamiento. Aunque hermosa, Nira era delgada, poco amable y poco simpática. Las mujeres no logramos entender por qué los varones estaban embelesados con ella.

Tanto nos disgustaba Nira como nos cautivaba su compañero.

Abian era una torre masculina de dos pasos y diez dedos de altura. A su lado, hasta Baraso se veía pequeño. Excelente remero, de pocas palabras y modales rústicos, Abian parecía solamente interesado en Nira, atento únicamente a ella, lo que nos resultaba exasperante.

Otra pareja con la que hicimos amistad rápidamente fue la que hacían Mizkila y Atabar, de Zazpir. Ellos congeniaron bien con nuestro grupo de Sexta, especialmente Mizkila con Guarteme y Atabar con Sutziake. Mizkila no se mostraba preocupada por el interés de Atabar en nosotras, ni él mostraba afectación por los despliegues seductores de su compañera. Hacia el día quince o veinte del entrenamiento, Sutziake me puso al tanto de las bondades de Atabar como amante. Antes del final del entrenamiento, tanto Oihane como yo las habíamos verificado. Mizkila por su parte, no tardó en convocar a momentos divertidos a Guarteme, a Baraso y a Etxekide.



Diez días antes de la partida estaba previsto que los *maisusak* nos comunicaran la integración de los cinco barcos.

En los sucesivos viajes a Zazpir, ellos habían evaluado no sólo nuestras capacidades como navegantes, sino la forma de acompañarnos y colaborar con los demás. Estas apreciaciones debían combinarse con el criterio preestablecido de que las tres parejas de cada embarcación serían de ciudades distintas.

Tinabuna nos convocó por la mañana a presentarnos las actividades previstas para los últimos diez días de entrenamiento.

La figura de la flotilla, la *eskuadra* sería de uno, dos, tres, uno. Abriendo y cerrando las *txalupak* de los *maisusak*, que llevarían los números uno y siete. De modo que los barcos dos y tres viajarían veinte pasos detrás del uno de los *maisusak*, y en una tercera línea de avance, los barcos cuatro, cinco y seis. En esa formación viajaríamos por delante de la otra *eskuadra*, la de los residentes que regresaban a Islas Castigadas.

Previo a la partida, haríamos una excursión hacia el mar profundo al este de Lehen. Allí nos encontraríamos con las grandes olas, las que deberíamos enfrentar hasta encontrar mar calmo. Tomaríamos un tiempo para reponer fuerzas y evaluar los daños en las embarcaciones, para luego emprender el regreso a Lehen, volviendo a cruzar las grandes olas.

Aguardábamos con expectativa el momento en que Ferinto y Tinabuna darían las integraciones de cada barco. Ellos nos presentaron un dibujo de la flotilla, que únicamente develaba de qué ciudades serían las parejas.

Luego procedieron, en orden, a dar los nombres de las parejas.

Los de Sexta ocupábamos la tercer línea de la flotilla.. A Sutziake y a Guadarteme les tocó el barco cuatro, junto a Mizkila y Atabar, quienes se saludaron felicitándose de estar juntos.

Tinabuna anunció entonces las tres parejas del quinto barco.

— De Sexta, Itahisa y Etxekide. De Lau, Janequa y Guaire. De Lehen, Nira y Abian.

La alegría que me produjo saber que Janequa y Guaire compartirían nuestra *txalupa*, se desvaneció inmediatamente al escuchar los nombres de la tercera pareja.

Hubiera preferido cualquier otra compañía antes que la de Nira. La perspectiva de tenerla a mi lado todos los días, soportar mañanas, tardes y noches sus modales engreídos y quejumbrosos, no compensaba la fortuna de contar asimismo con el forzado de Abian.



A la mañana siguiente partimos hacia mar profundo.

La primera media jornada remamos para habituarnos a coordinar esfuerzos y ritmos entre los seis que viajaríamos en cada *txalupa*. A pedido de los *maisusak*, alternamos parejas. No me costó remar con Janequa ni con Guaire, pero hacerlo con Abian fue agotador. Él no se disponía bien a adaptar la fuerza de sus brazos para que sus empujes pudieran equipararse con los míos. Le disgustaba formar pareja con mujeres, y tuvo los mismos problemas con Nira y Janequa. Ni siquiera Ferinto, quien pasó

parte de la mañana en nuestro barco, logró hacerle entender que debía suavizar la potencia de sus movimientos cuando una de nosotras remaba a su lado.

Contra lo esperado, Nira se comportó de forma excelente. Trabajó con aplicación en cada uno de los puestos y acertadamente cuando le fue asignado sostener la dirección del barco. No hizo chistes estúpidos ni se quejó tontamente, pese a que era una mañana calurosa y remamos sin detenciones.

Por la tarde continuamos avanzando con velas desplegadas, entrenando la capacidad de la flotilla de sostener la formación. Al caer el sol, los *maiswak* dieron la orden de detenernos. Aproximamos los barcos en una única hilera y tendimos puentes entre ellos con los tablones.

Oihane y Sutziake me hicieron señas para reunirnos en mi barco. Antes quise darme un baño. Quitándome la ropa, me dejé caer desde el puente disfrutando por un momento de hallarme sumergida. Al regresar a la superficie, noté que otros también se zambullían, para refrescarse tras una cansadora jornada de navegación.

— Cómo estuvo ? — Preguntó Sutziake, luego de habernos secado y vestido.

— Hermoso, no ? A qué te refieres ?

— A tu jornada con el gigante y la tontita.— Aclaró ella risueña.

— Ahh. Eso ! No estuvo tan mal. El gigante todavía no aprendió a remar con mujeres.

— Vas a tener que enseñarle.— Intervino Oihane.

— Yo no tendría problema en enseñarle algunas ... cosas.— Agregó Sutziake con aires de profesora.

— Está bien.— Concedí — No se preocupen por ello. Tengo por delante un año pasando días y noches con él.

Mis amigas mostraron desaprobación a mi pronóstico.

— Si es que la tontita te deja acercarte a él.— Acotó Oihane.

— La tontita se portó bien hoy.

— Te dejó tocar a Abian ?

Me reí de la insistencia de mis amigas.

— No. Eso no. Hablo de su actitud.

— Dices que no se pasó protestando ?

— No sólo eso. Estuvo callada, atenta a las indicaciones y se esforzó en remar bien en todas las posiciones.

— Me cuesta creer eso, Itahisa.

— A mí también. En realidad no lo sé. Quizás estemos juzgando injustamente a Nira.

— Ahora nos vas a decir que es una persona amigable.— Exclamó Sutziake con sorna, provocando la risa de Oihane.

— Tanto no. Pero intentaré llevarme bien con ella. De otro modo, sería insoportable la convivencia durante un año.

Logré silenciar por un instante los comentarios mordaces de mis amigas. Tras una pausa, fue Sutziake quien puso fin al tópico.

— Pues. Te deseamos mucha suerte, amiga.

La cena de aquella noche fue abundante en panes con carnes y frutas. Debíamos acumular energías para la difícil jornada que estaba por venir.



La suerte no parecía estar de nuestro lado al amanecer. La neblina era tan baja y espesa que sólo podía verse a pocos pasos de distancia. En tales condiciones era inviable avanzar hacia las grandes olas. La flotilla se mantuvo estática durante la mañana, atados los barcos unos a otros con pesadas sogas.

Pasado el mediodía, la niebla empezó a disiparse y pudimos sentir agradables caricias del sol. Los *maisuak*, reunidos en el barco uno, deliberaban sobre si era recomendable encarar la travesía disponiendo sólo de media jornada. Observando la dirección e intensidad del viento y buscando señales en el vuelo de las aves que se dirigían al este, resolvieron que las condiciones eran suficientes.

Las siete embarcaciones se dispusieron en la formación de avance, desplegaron las velas e iniciamos la prueba final de nuestro entrenamiento.

El sol aún estaba alto cuando, bruscamente, el tamaño de las olas aumentó a cinco pasos. No era algo que no nos hubiéramos enfrentado anteriormente, de modo que tomamos posiciones con sólo una pareja de remeros, dos en la dirección y los dos restantes manejando la vela, todos ligados con sogas a la *txalupa*. Las costillas crujían con cada ascenso y descenso, pero la flotilla continuaba su marcha sin percances. Las olas se hicieron aun más grandes, y la tensión se advertía en los rostros cuando notamos que quedaba poco tiempo de luz solar y nos enfrentábamos a montañas móviles de agua de diez pasos de altura.

Los *maisuak* no cesaban de gritar consignas cuando cada una de aquellas montañas azul-verdosas se nos venía encima. A mi lado tenía a Abian, la mirada fija hacia adelante, sus poderosas piernas afirmadas sobre la popa, sus músculos de hombros y brazos marcando el esfuerzo de sostener con el remo la dirección, para que la *txalupa* trepara frontalmente cada embestida del mar. Unos pasos a mi *eskuona* podía ver a Baraso haciendo lo mismo en el barco seis, su cara y su cabello chorreando, su torso empapado.

Al frente se veía aparecer a los tres barcos de vanguardia con cada ascenso, para trepar la siguiente ola y desaparecer al descenso. Empecé a sentir miedo. Los crujidos de la estructura de la *txalupa* se hicieron más agudos y permanentes, y parecía que no iba a resistir. Las enormes olas fueron adquiriendo un resplandor dorado cuando el sol empezó a ocultarse a nuestras espaldas.

Sentí gritos a mi *eskuerra* pero no logré ver lo que ocurría hasta la siguiente ola. Había problemas con el barco cuatro donde iban Sutziake y Guadarteme. Alguien había sido barrido y otros intentaban rescatarlo del agua extendiendo sus brazos para ayudarlo a volver a bordo. Otra ola y dejé de verlos. Más gritos. En la siguiente bajada sentimos un estrépito de maderas quebradas, aullidos, astillas volando más alto que las olas, y de inmediato consignas y pedidos de socorro que llegaban de distintos puntos de la flotilla.

— Barco cuatro perdido ! Barco siete rescata. Los demás siguen ! — Vociferaban los *maisuak*.

— Barco cuatro perdido ! Barco siete rescata. Los demás siguen ! — Repetimos a coro para darnos por enterados.

Traté de concentrarme en mi tarea pero no podía quitar de la mente la imagen del barco partido en pedazos y de Sutziake y Guadarteme intentando nadar hacia los tablones.

Rápidamente los perdimos de vista y empezaba a oscurecer. Noté que Nira se encorbaba aferrada al mástil y vomitaba un líquido amarillo de bananas a medio digerir, mientras Etxekide empeñaba toda su fuerza en sostener la vela. Janequa, inagotable, remaba y no dejaba de dar ánimos a Guaire a su lado y a Nira para que volviera a tomar su puesto. Un momento más tarde, pregunté a Abian si podía continuar solo en la dirección de popa y sin mirarme devolvió un gesto afirmativo. Dejé mi lugar junto a él y fui a reemplazar a Nira, en ayuda de Etxekide.

Los reflejos dorados que coronaban las montañas desaparecieron, el cielo a nuestro frente tornó al gris y al violeta, y las imponentes olas se mostraban aun más amenazadoras.

Empezaban a verse las estrellas y continuábamos sufriendo en cada tumbo por la integridad de la *txalupa*. Nira no lograba reponerse de las náuseas. Su cuerpo temblaba de frío y no había chance de darle abrigo.

Entonces me sorprendió una carcajada de Etxekide. Lo observé espantada. De qué se reía ? Su cara denotaba una felicidad triunfal.

— Se achican, Itahisa. Las malditas olas se están achicando. Gracias a Ama.



Recién a medianoche nos detuvimos. En lo alto de los mástiles encendimos potentes lámparas de aceite, cuyo resplandor señalaría nuestra ubicación al barco siete.

El mar no estaba totalmente calmo pero las ondulaciones resultaban tan inofensivas como caricias. Después de amarrar los barcos, y achicar el agua que los había inundado, procuramos mantas secas dentro de las barrigas de oveja y nos acostamos a dormir. Estábamos extenuados.

No había amanecido cuando me sobresaltaron unos gritos.

Eran ellos. El barco siete nos había encontrado. A la luz de las lámparas logré contar las personas a bordo. Eran doce ! Estaban todos ! Gracias a Ama ! Alcancé a divisar los

rostros de Sutziake y de Guadarteme marcados por el agotamiento, y agité mi brazo para saludarlos.

Reconfortada, volví a dormirme.



Cuando desperté, el sol ya estaba alto. El cielo azul, libre de nubes, se confundía en todo el alcance de la vista con el azul más oscuro del mar, que se mostraba increíblemente calmo.

A una distancia de veinte pasos saltaban dos delfines.

En la flotilla detenida, reinaba la agitación. Muchos desayunaban frutas y *txocoatl*, comentando los sucesos de la jornada anterior. Entre los barcos dos y tres se habían tendido varias tablas de puente, formando un estrado improvisado en medio del mar.

Tinabuna, escoltada por Ferinto y Naga, ocupó el lugar central del puente y levantó los brazos solicitando silencio.

— Queridos *hamazortzi*. Hemos completado la primera parte de la prueba final del entrenamiento, cruzando las grandes olas en media jornada. Estamos acá los mismos cuarenta y dos que partimos hace dos días de Lehen. Hemos perdido un barco con todo su equipaje, sus herramientas y sus víveres. Quiero haceros una pregunta muy sencilla. Cómo debemos sentirnos al respecto ?

Tinabuna dedicó una pausa a observar nuestros rostros. Sutziake y Guadarteme miraban hacia abajo. Atabar envolvía en un abrazo a Mizkila, que lloraba en silencio.

— Apenados ? — Preguntó la *Maisu*, recogiendo gestos en nuestros ojos.

— Molestos ? Enojados ? — Continuó el mortificante interrogatorio, mientras sólo se escuchaban las débiles caricias del mar sobre los costados de los barcos.

Tras una pausa, Tinabuna retomó su discurso.

— Queridos *hamazortzi*, esta mañana hemos estado evaluando los daños y estamos convencidos de que debemos sentirnos ... realmente ... muy contentos.

La afirmación nos resultó inesperada. Quedamos atentos a sus palabras.

— Perdimos un barco, sí. Pero en este momento eso es reparable. Si hubiéramos perdido a uno de vosotros, sería irreparable. Perdimos un barco, sí. Pero ganamos una experiencia valiosa. Hoy podríamos estar con la flotilla intacta, pero sin esa experiencia. Si me dan a elegir, prefiero estar como estamos. Eso nos cuida del exceso de confianza para cuando finalmente estemos en viaje hacia Lubarnea. Vamos ahora a poner en común nuestra experiencia.

Tinabuna miró fijamente a Guadarteme, quien volvió a bajar la vista.

— Guadarteme !

— Sí, *Maisu*.

— Puedes decirnos por qué perdimos el barco cuatro ?

— Fue mi culpa, *Maisu*.

— Ahora eso no interesa, Guadarteme. Queremos saber por qué ocurrió.

— Abandoné el remo de popa ...

— Y ?

Guadarteme se mostraba compungido, pero sereno.

— Perdimos la frontal. Y la ola nos tomó de costado.

— Y ?

Guadarteme miró a Tinabuna, suplicante, dudando qué decir. Ella sostuvo su mirada.

— Y el barco se hizo pedazos.

Se escucharon risas ante la obviedad de la respuesta. Tinabuna simplemente sonrió.

— Por qué abandonaste el remo de popa, Guadarteme ?

— Para ayudar a Atabar... que estaba cayéndose.

Todas las miradas se dirigieron a Atabar, quien se mantuvo firme sin dejar de abrazar a Mizkila.

— Atabar !

— Sí, *Maisu*.

— Te estabas cayendo y Guadarteme fue a ayudarte dejando su posición ?

— Sí, *Maisu*, así fue.

Tinabuna mostró un gesto de impaciencia. Con voz forzosamente dulce, continuó:

— Puedes decirnos, Atabar, por qué te estabas cayendo ?

— Sí, *Maisu*. Mizkila había sido barrida en la ola anterior. Traté de ayudarla a volver a bordo. Fue cuando empezamos a descender y perdí estabilidad.

Tinabuna miró entonces a Mizkila, quien secaba lágrimas de sus mejillas.

— Mizkila !

El tono repetitivo de Tinabuna al invocar cada nombre resultaba gracioso.

— Sí, *Maisu*.

— Tengo tres preguntas para hacerte. Podrás responderlas ?

La interrogada cambió su encogida postura para demostrar disposición.

— La primera es obvia. Por qué caíste al mar ?

— Fue una estupidez mía. La jaula de las gallinas ...

Una carcajada general interrumpió la explicación de Mizkila. Ella aguardó silencio para seguir.

— ... la jaula de las gallinas se abrió. Yo quise cerrarla y caminé por encima de los equipajes hasta el mástil. Mis compañeros me gritaron que volviera a mi posición y no les hice caso. En cuanto trepamos la siguiente ola no pude mantenerme en pie, traté de aferrarme al borde de la *txalupa*, pero no pude y caí al mar.

— Pudiste salvar las gallinas, Mizkila ?

La insólita pregunta provocó otra carcajada.

— No, *Maisu*.

— Por último. Requerías ayuda para treparte a un barco al que estabas unida por una sogas ?

Mizkila se volvió hacia su compañero Atabar con ternura.

— No, *Maisu*. Podía hacerlo sola. Estoy entrenada para eso.

— Gracias por tus respuestas, Mizkila. Bien, queridos *hamazortzi*, ha terminado mi interrogatorio. Creo que hemos aprendido algunas cosas. Les diré lo que yo he aprendido de esta experiencia. En primer lugar, que más vale perder dos gallinas que un barco.

Esta vez las risas fueron más relajadas, el nerviosismo se había disipado.

— Fijaos bien. Mizkila se equivocó al intentar salvar las gallinas, que no sabemos si necesitaban su ayuda. Atabar se equivocó al intentar salvar a Mizkila, que sí sabemos que no necesitaba su ayuda. Y Guadarteme se equivocó al dejar al barco sin dirección por intentar salvar a Atabar, quien probablemente no necesitaba su ayuda. Qué conclusión podemos extraer de esta cadena de errores ?

Nadie se animó a dar una respuesta. Tinabuna prosiguió.

— Es simple, queridos *hamazortzi*, debemos aprender que no es buena idea prestar ayuda a quien no la pide. Pidieron ayuda las gallinas ? No. Pidió ayuda Mizkila al caer al mar ? No. Pidió ayuda Atabar al perder estabilidad ? No. Pues bien, hemos perdido un barco porque tres navegantes experimentados, tres egresados de la *Eskuela* de Navegación, han intentado salvar a quienes no requerían ser salvados.

Cambiando el tono, la *Maisu*, pasó a las consignas de trabajo.

— Tenemos el resto de la jornada para hacer las reparaciones y realojar a los seis *hamazortzi* que se han quedado sin barco. La flotilla de siete por seis pasa a ser de seis por siete. Mañana al amanecer volveremos a cruzar las grandes olas hacia el oeste. Y espero que nadie se distraiga porque una gallina puede salirse de su jaula. Habéis comprendido ?



Los cuatro días previos a la partida fueron agotadores.

En las mañanas trabajamos con los *maiswak* en la planificación del viaje.

La primera etapa entre Lehen e Islas Castigadas podría insumir entre veinte y treinta días, y estaba prevista una estadía de cuarenta días en las Islas. El segundo tramo hasta tocar las costas de Euriopa era más breve, estimándose entre seis y ocho jornadas. De allí, dependiendo del estado de las embarcaciones, ingresaríamos al mar de Lubarnea. El recorrido por las islas cercanas tomaría unas diez jornadas, luego otras diez para rodear la isla principal. Estaba en los planes remontar el río que comunicaba al gran lago dulce y recorrerlo en toda su extensión. Dispondríamos entonces unas treinta jornadas para bordear las islas llamadas "de las Cigarras" y "del Cobre" y emprender el regreso por las costas de Libia, cuando se cumpliera medio año de viaje.

Los tiempos de regreso no estaban estrictamente fijados, lo que daba un margen para volver a visitar algún punto que nos pareciera importante. Lo que sí estaba determinado era que el trayecto de vuelta sería distinto al de ida. Para aprovechar al máximo las corrientes marinas, en vez de cruzar nuevamente hacia Islas Castigadas, viajaríamos por las costas de Libia al sur unas quince jornadas, para recién emprender el cruce del Mar de Atlantis en dirección suroeste hasta la boca del Gran Río del Sur. Por último, desde allí seguiríamos la costa del Continente del Sur hacia Lau, donde se daría por finalizada la expedición.

Por las tardes, verificamos el estado de las *txalupak* para asegurarnos que cada herramienta o parte del equipaje estuviera en su lugar, a la vez accesible y bien amarrada. Las jaulas de mimbre de las gallinas fueron reafirmadas con un cinto de cuero, igual al que cada uno calzaba en la cintura, para sujetarse con una soga a la estructura del barco. A la ya rebosante carga, agregamos varias ánforas de agua y de cerveza, y bolsas con nueces, *txarki*, bellotas, semillas y frutas.



En esos días fueron llegando a Lehen nuestras familias. De Bosteko, mi madre Atissa y mi hermana Lore, de diez años. De Biko, la madre de vientre de Sutziake y su hijo. De Hiru, mi abuela acompañada por la madre y hermanos de Oihane. Y de Sexta, Nekane, Haridian, Manindar, Gazmira y su madre adoptiva, la madre de Baraso.

Todas las noticias de Sexta eran buenas. Sibissa había cumplido cuatro lunas de vida creciendo y engordando del pecho de su feliz madre. Mi casa se hallaba perfectamente cuidada por mis amigos Faina y Artemis. Iratxe y Sakon ya estaban en Hiru, para el entrenamiento de su viaje de *hamazortzi* al Continente del Sur. La ciudad resplandecía bajo el nuevo liderazgo de Anixua.

Gazmira me hizo llegar un regalo personal de Zebensui. Una finísima diadema de plata labrada.

— Me pidió que te agradeciera el pendiente que le dejaste.

— Esto es ... bellísimo.

— Es cierto. Te queda muy linda. Tan linda como una sacerdotisa ... de la Serpiente.

Opté por ignorar la ironía de Gazmira.

- Dile por favor a Zebensui que me encantó.
- Sólo eso ?
- Ehh, sí.
- No debo decirle cuánto lo amas ? Que todo tu ser sufre por no verlo ?
- Ehh, no. Aunque fuera verdad, nunca lo admitiría.
- Entonces no es verdad ?
- No, Gazmira, no. Por favor, no seas tan malvada.



La noche anterior a la partida realizamos un gran banquete en el comedor de la *Eskuela*.

En la cena estuve con Manindar y Lore, haciéndoles cuentos de lo vivido durante el entrenamiento, en particular sobre el accidentado cruce de las grandes olas en dirección este y la vuelta sin mayores problemas, luego de haber hecho las reparaciones y reasignado a los náufragos rescatados del barco cuatro.

Observé a distancia una discusión en la que participaban mi abuela Iruene, Bentaga, Haridian y Tinabuna. Sin poder oírlas, sabía que hablaban de la posible incorporación de un octavo barco a nuestra expedición, con *hamazortzi* residentes en Islas Castigadas. Fue mi madre Haridian quien me puso al tanto de las conversaciones. El Círculo consideraba favorablemente la participación de residentes en el viaje a Lubarnea. Tinabuna sería la encargada de presentar la recomendación, pero la decisión final la tendrían las sacerdotisas de Islas Castigadas.

Más tarde tuve un momento para hablar con mi madre Atissa, quien me hizo muchas preguntas sobre el viaje y el entrenamiento.

- De modo que está todo listo para mañana.
- Así es.
- Me viene a la memoria tu cara de felicidad cuando te anuncié nuestro primer viaje a las islas, te acuerdas ?
- Claro que sí, madre.
- Y también recuerdo la noche de mi celebración de Sacerdotisa. Una niña de once años lloraba desconsolada en mi cama.
- Tú me consolaste.
- Fue difícil hacerlo. Tuve que prometerte otro viaje.
- Ambas sonreímos. Habían transcurrido siete años desde aquella noche. De aquel segundo viaje en el que habíamos conocido a Bentaga y a Txanona.
- Volveré a encontrarme con Txanona en pocos días.

— Envíale mis cariños, por favor. Quiera Elkar que pueda viajar contigo a Lubarnea.

— Que así sea, madre.

— Te cuidarás mucho, hija, verdad ?

— No te preocupes, madre, sé cuidarme.

— Escúchame bien. Sabes cuidarte aquí en Atlantis. Pero todo será distinto allá en Euriopa y en Libia. Nosotros tenemos nuestras *etxeak*, nuestras ciudades, nuestra comunidad. Estamos habituados y dependemos de lo que hemos construido, me entiendes ?

— Sí, madre. — Respondí, aunque sin comprender totalmente.

— Los hombres del hielo, los pastores, pueden saber muchas cosas que nosotros no sabemos.

— Sí, madre.

— Si te encuentras en peligro, por favor Itahisa, prométeme que tendrás la astucia de aprender de ellos. Ellos saben sobrevivir en su territorio, nosotros no.

— Entiendo.

— Me lo prometes ?

— Te lo prometo, madre.

Sintiendo una mezcla de emociones, confusión y agradecimiento, acepté el largo abrazo de mi madre de vientre.



En una mesa próxima, Oihane empezaba a tocar sus tambores. Guadarteme trepado a un banco, convocándome con un brazo extendido y la otra mano apoyada en su cabeza, contorneaba su cintura, cantando.

— Ven a bailar conmigo, *guahira*. Ven a gozar conmigo, *guahira*.



Era una nublada mañana del día cuarenta y nueve del año veinticinco del ciclo cincuenta y ocho, cuando partimos de Lehen con destino a Islas Castigadas.

Cerca de diez veces sesenta personas nos despidieron desde los muelles.

Al grito de Tinabuna, cuarenta y dos remos se hundieron en el agua y la flotilla partió hacia el norte, como un solo barco.

La historia de Itahisa continúa en Parte Seis, Segundo Movimiento, Travesía

<http://itahisa.info/about/parte-seis/travesia/>